

Como todos sabemos, Jesús nos enseñó a amar a Dios y al prójimo. El Evangelio de hoy trata con la manera en la cual nosotros debemos responder con amor a los conflictos personales dentro de la Iglesia. Observen que Jesús supone que vamos a ofender y a herir el uno al otro. Por un lado, él pone delante de nosotros la meta de ser Cristo él mismo. Por otro lado, nos dice cómo debemos abordar los problemas humanos que él sabe diariamente ocurrirán.

Aquí en la parroquia, ¿cómo respondemos el uno al otro? No es sorprendente que tengamos, al menos, malentendidos, ya que venimos de todas partes del mundo hispanohablante. Venimos de muchas culturas diferentes. Una noche después de la misa, cuando hablábamos acerca de nuestras diferencias, una persona dijo, «A veces no nos entendemos el uno al otro». Yo mencioné que mi profesor en México requirió que memoricemos cinco palabras diferentes para «pavo» porque una palabra diferente se usa de un país a otro país.

Como muchos de ustedes saben, Ruth y yo originalmente somos del estado de Mississippi, no de Iowa, y la gente de Mississippi y Iowa son muy diferentes el uno al otro. Ruth y yo nos hemos dicho muchas veces cuan bendecidos estamos de tener a nuestros vecinos de al lado, Mary Ann y Phil. Cuando nos mudábamos a nuestra casa en Ames hace cuarenta y nueve años, en seguida los conocimos. A causa de nuestra relación subsecuente con ellos, nuestro Evangelio de hoy me recordó de Mary Ann. Su respuesta a nosotros a través de los años sirve como un ejemplo de la respuesta que Jesús nos enseña que nosotros debemos tener al uno al otro en el Evangelio de hoy.

Nunca olvidaré lo que Mary Ann hizo ese día, el treinta y uno de Diciembre de mil novecientos sesenta y ocho, cuando nos mudábamos a nuestra casa. La temperatura alta ese día era ocho a diez grados bajo cero Fahrenheit (Eso es, creo, más o menos veintiún a veintidós grados debajo cero Celsius). Acerca de media mañana Mary Ann llevó tibia pastelería recién hecha rellenos con natilla. Creo que esa fue la mejor pastelería que he saboreado jamás. Y cuando pienso en su regalo a nosotros y de la relación cariñosa que tenemos, me recuerda lo que la primera carta de San Juan nos dice: «Amemos, pues, ya que él nos amó primero» (I Juan 4:19).

Mientras leía el Evangelio, pensé en algo que pasó pronto después de la visita amable de Mary Ann cuando nos íbamos mudando. Ella y Phil tienen un hijo que es un año más o menos menor que nuestro hijo. Nosotros tenemos tres hijos, y en aquel tiempo cada uno de nuestros tres hijos tenían un pequeño perro. Cuando dejamos ir a los perros fuera para ir al baño, ellos corrieron hacia el norte directamente al patio de nuestros vecinos. Nieve estaba en todas partes, y yo simplemente no pensaba. Después de unos días, Mary Ann tocó a la puerta; la invitamos a entrar, y, en voz baja sin ninguna pista en absoluto de indignación, ella dijo, “Necesito pedirte un favor. Tus perros están viniendo a nuestro patio, y mi hijo juega ahí fuera. ¿Crees que podrías enseñarles a los perros darle la vuelta a la esquina de su casa para usar tu patio trasero? Por supuesto, podríamos y lo hicimos. Como acabamos de escuchar, Jesús nos dice que si nuestro hermano comete un pecado, debemos ir y lo amonestamos «a solas». Esto era exactamente lo que Mary Ann hizo.

Pasaron los años y nuestra hija se graduaba de la escuela secundaria. Planificamos una fiesta e invitamos a nuestros amigos. A nuestra sorpresa, nuestros vecinos, Mary Ann y Phil no vinieron. La mañana siguiente, Mary Ann estaba en nuestra puerta en lágrimas, preguntando si ella o Phil había hecho algo para herirnos u ofendernos. Nos quedamos asombrados y le preguntamos lo que ella tenía en mente. Ella dijo, «No nos invitaron a la fiesta a su hija, así que nos preguntamos si habíamos hecho algo para herirles u ofenderles a ustedes». Le dijimos que pensábamos que los habíamos invitado; estaban en nuestra lista, y no teníamos ni idea de por qué no recibieron la invitación. Le aseguramos que ella era querida a nosotros Y ella aceptó nuestra explicación y disculpa. Creo que todos podemos ver que la respuesta de Mary Ann a nosotros es exactamente la respuesta que Jesús nos dice que debemos tener cuando hay un problema entre dos de nosotros como hermanos y hermanas en Cristo.

¿Cuál es nuestra respuesta en nuestra comunidad hispana cuando estamos heridos u ofendidos? Desafortunadamente hemos tenido heridos y ofendidos. Voy a mencionar solo dos situaciones de tal manera que aquellos involucrados no pueden ser identificados. En un caso, una familia fue herida u ofendida y dejó a nuestra comunidad. Nunca supe lo que pasó, y los miembros de la comunidad me dijeron que sólo sabían que de alguna manera esa familia fue herida u ofendida, pero nadie podría decirme cuál era la ofensa. En el otro caso, dos familias pidieron hablar conmigo en la Oficina de los Diáconos. Hubo serios desacuerdos y algún enojo. En mi presencia cada uno le dijo al otro lo que le molestaba. No creo que estas dos familias alguna vez serán amigas de nuevo, pero desde ese punto pudieron trabajar en colaboración por el bien de nuestra parroquia y la Iglesia. Ellos estaban siguiendo las enseñanzas de Jesús.

Todos nosotros sabemos que no es fácil ir a alguien para decirle a esa persona nuestros sentimientos negativos. Pero esas son las instrucciones que Jesús nos dio. Debemos tener cuidado, sin embargo, siempre de ir con amor, no con enojo. Debemos distinguir entre buscar la reconciliación y atacar a una persona. Si vamos a alguien con enojo, y decimos, «Usted me ofende cuando dice o hace eso» esa persona probablemente se va a defender. Por otro lado, si en privado y tranquilidad decimos, «Necesito pedirte un favor. Cuando me hablan de tal manera, me siento herido y humillado», la respuesta de la persona más probablemente será muy diferente. Si no se así, entonces los dos necesitan involucrar a otro a quien ambas personas confíen para pedir ayuda en el esfuerzo de resolver la relación rota.

Jesús nos llama a ser Cristo el uno al otro, a amar a otros como él nos ha amado y a perdón como él nos ha perdonado a nosotros. Sin embargo también sabe que vamos a tener desacuerdos y malentendidos; nuestros sentimientos y nuestro orgullo se herirán. Nos dice que, como una comunidad de hermanos y hermanas, debemos hacer todo lo posible para resolver las dificultades y para poder trabajar juntos por el bien de todos. Cuando pensemos en las palabras de Jesús hoy, resolvamos de nuevo a ser la comunidad de amor a la cual Jesús nos llama, amar y perdonar a los demás como Jesús nos ha amado y perdonado a nosotros.